

ANOTACIONES A LA POESÍA DE VARGAS PONCE

*

por Francisco BRAVO LINÁN
(Grupo de Estudios del Siglo XVIII)

Una faceta digna de consideración en la obra de Vargas Ponce es su irreprimible dedicación versificadora, la cual llegaría a impregnar profusamente buena parte de sus escritos, amén de sus creaciones específicamente poéticas. Su abundante obra, y de modo particular sus cartas, se entreveran en numerosas ocasiones de versos que proporcionan momentos de placentera y sugerente motivación que anima al lector a proseguir con renovado interés la lectura de los otros asuntos que concitaron la atención del escritor gaditano. En relación cuantitativa con su labor prosística, sus versos suponen una exigua porción, pero su ingenio y otros valores expresivos le han permitido alcanzar una consideración de interés en el campo de los versificadores de las décadas finales del Setecientos y primeras del siglo siguiente.

El estilo o modalidad poética de Vargas, anticipamos, camina particularmente por sendas de lo que podría ser considerado como *poesía ilustrada*, concepción a la que nos referiremos algo más adelante. También, aunque de forma bastante reducida, sería observable su aplicación a una poesía menor, más frívola, centrada en algunas composiciones anacreónticas y en cantilenas de asunto evasivo. Tampoco faltan otras composiciones triviales, pegadas al mundo de lo cotidiano, satíricas en ocasiones, pero que de algún modo parecen llevar en su seno el germen de lo ilustrado. No debe quedar ausente en este sumario de estilos sus incursiones en el campo de lo erótico, y aun más, ya que sobrepasaría cualquier contención de lo escabroso para adentrarse decididamente en el territorio de lo obsceno, como puede observarse en su poema «Lo que es y será»¹,

¹ Poema que he podido conocer gracias a la deferencia de Fernando Durán López. Véase al respecto el n° 24 (p. 49) de su catálogo *José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*. Cádiz, 1997.

donde de forma festiva expresa la irreprimible lubricidad del género humano, centrándose especialmente en la del clero. Tanto unas como otras aparecen anegadas de una ironía festiva, de un ingenio burlón, que constituye acaso el elemento expresivo de mayor interés y que podría caracterizar el estilo de nuestro autor.

Métricamente dominan las octavas (*Proclama...*, *El peso duro*); les siguen de cerca los pareados endecasílabos (*Los hijosdalgo de Asturias*); el romance, en el que incluimos tanto los heroicos (*Abdalazis y Egilona*) como las endechas de sus anacreónticas y cantilenas; las silvas (oda al nacimiento de los infantes gemelos, el elogio al general Girón); los tercetos (*Los ilustres haraganes*, la epístola a Ángel Saavedra), y, finalmente, sin referirnos a otros ocasionales metros, las décimas («A don Francisco Márquez», y las diez utilizadas en el procaz y festivo «Lo que es y será»). Estos empleos métricos estarían en consonancia con los usos compositivos de la época, según se puede observar en el capítulo VII del documentado estudio métrico de José Domínguez Caparrós², y como, por ejemplo, refleja la poesía insertada en la prensa gaditana del Siglo Ilustrado.³

Por lo que se refiere a la modalidad poética que hemos considerado como predominante, la señalda bajo la denominación de *poesía ilustrada*, convendría dedicar unas palabras al objeto de tratar de aproximarnos a su esencialidad y evitar inconcreciones o equívocos entorpecedores. Tanto en esta titulación, como en su concepción, seguimos a Joaquín Arce⁴ que, en síntesis, incluye en tal clasificación a un determinado tipo de verso que se hace eco de los principales valores, instituciones y logros del mundo de las «luces»; no obstante, este autor precisa que el término ilustrado aplicado a la poesía no sería incompatible con otros ni un añadido excesivo, «ya que intenta tan sólo definir la actitud intelectual y ética que forma el sustrato ideológico del Siglo de las Luces».⁵

El prosaísmo, frecuente en la *poesía ilustrada*, sería una de sus características más notorias. Llegados a este punto deberíamos recordar que Russell P. Sebold, sumergiéndose en la obra iriartiana, distingue un prosaísmo que es indicativo de ausencia de belleza poética, como la mala prosa, y otro que se aproxima a la prosa intuitiva.⁶

² José Domínguez Caparrós, *Contribución a la historia de las teorías métricas en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, 1975; pp. 357-365, especialmente.

³ Quien estas líneas escribe ha podido observar esta coincidencia, ya que en los 1027 poemas que ha podido recoger en los periódicos predominan básicamente los mismos metros: 230 romances, 185 sonetos, 147 décimas, 86 silvas... (Puede verse Francisco Bravo Liñán, *La poesía en la prensa gaditana del siglo ilustrado*. Microfichas, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1997, p. 610.)

⁴ Joaquín Arce Fernández, *La poesía del Siglo Ilustrado*. Madrid, 1981; pp. 26-27.

⁵ *Ibid.*, p. 27.

⁶ «y si cabe hablar de prosaicismo —escribe— de la poesía de Iriarte, hay que verlo, por lo menos en algunas de sus obras, como elemento positivo y meditado de la estética del fabulista, forjado con plena conciencia» (Russell P. Sebold, *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochescas*. Barcelona, 1989, p. 246).

Esta última consideración —que denomina «prosaicismo»— estaría en consonancia en cierto modo con lo señalado en 1858 por Hippolyte Taine en un ensayo sobre Racine, en el que podemos leer:

En la poesía, que todo es invención, se tomaba como maestros a Malherbe y a Boileau, trabajadores pacientes, regentes severos, versificadores natos, que han reducido la musa al buen sentido y al «pan a secas» hasta el punto de que al final de esa época, para elogiar unos versos se decía que eran bellos como una prosa.⁷

Pero concretando estos apuntamientos en las composiciones de Vargas Ponce, podríamos señalar bastantes matices expresivos, y especialmente conceptuales que nos harían entender el predominio de la *poesía ilustrada* en su estilo; en buena parte sus versos están impregnados de contenidos que se harían eco de valores de significada presencia en el universo de las «luces», de los cuales hemos subrayado los que siguen:⁸

En primer lugar un rechazo a comportamientos marcadamente alejados de planteamientos racionales, hecho que sería una actitud relevante en la minoría ilustrada que anhelaba un mundo en consonancia con la razón, con objeto de superar la incuria social, cultural, y en definitiva el estado de atraso en que se encontraba el Reino. «La razón humana —se escribía en el periódico gaditano *Zelador Extravagante*— ha recobrado sus derechos, y queda constituida juez supremo de lo divino y humano, de lo civil y eclesiástico, de lo militar y político.»⁹

Este repudio de conductas poco concordantes con lo racional se observaría, por ejemplo en la *Proclama de un solterón*, donde nuestro poeta satiriza de modo zumbón determinados comportamientos femeniles que pugnarían con planteamientos civilizados. El pretendiente no quiere por mujer a la que sea atolondrada charlatana, mojugata suma, sabionda¹⁰, ociosa impenitente, supersticiosa, desaseada, y en defini-

⁷ Hippolyte Taine. *Ensayos de crítica e historia*. Traducción de Julio Gómez de la Serna. Madrid, 1953, 1ª edición, p. 521.

⁸ Básicamente, la *poesía ilustrada*, es una modalidad poética de contenidos (*La poesía del Siglo Ilustrado*, op. cit., p. 27).

⁹ *Zelador Extravagante*, Cádiz, 1811; n° 1, p. 3.

¹⁰ Quizá retrate aquí satíricamente el vicio de las citas clásicas. Cfr. esta censura con la que aparecería en el periódico gaditano *Academia de Ociosos*: «Tampoco sabionda: ¡Dios me guarde / Asco de la mujer sobre un infolio. / La que a Plauto comenta y hace alarde / de ilustrar a Terencio en un escolio: / La que cita a Nasón mañana y tarde, / apostillando a Grevio y a Nizolio, / vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto / y busque entre las getas algún tonto» (octava 31 de la *Proclama*).

tiva, la que comporte inclinaciones y hábitos opuestos a esa racionalidad exigible en las diversas manifestaciones del universo ilustrado; de todas estas negatividades encontramos una vivaz síntesis en la octava 38 de este poema:

Adiós, amigas; próspero viaje;
 más quiero en pobre ermita mi hospedaje
 que vivir con mujer voluble, terca,
 locuaz, sosa, gazmoña, abencerraje,
 fisgona, ruda, necia, altiva, puerca [...].

No obstante, esta composición que ha alcanzado un señalado reconocimiento, desprendería, por otra parte, un halo de misoginia, que pondría en entredicho su posible consideración como *poesía ilustrada*, ya que su acerada sátira contra comportamientos atribuidos a la mujer poco justificables desde un punto de vista racional, sería desmentida por otras frecuentes descalificaciones femeniles improcedentes que aparecen en sus octavas. La rotundidad, al menos a primera vista, de versos que contienen una minusvaloración femenina, así lo harían pensar. Sería obvia la conclusión si consideramos *ad pedem litteram* esta sucesión de preguntas y respuestas:

¿Qué toca a la mujer? Mecer su cuna.
 ¿De nada ha de hacer gala? Sí: de juicio.
 ¿No ha de tomar noticias? De sus eras.
 ¿Jamás ha de leer? No por oficio.
 ¿No podrá disputar? Nunca de veras.
 ¿No es virtud el valor? En ellas vicio.
 ¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
 que no hay manjar que cause más empacho
 que que transformada en marimacho (vv. 264-272).

No obstante si se considera la globalidad del fondo de la composición, y lo entroncamos con su actitud ilustrada, presente en su obra —también en su vida: siendo director de la Academia de la Historia, logró que se volviera a admitir mujeres aca-

«...en fin los aprobantes, que convirtiéndose de censores en panegyristas, daban a los libros más despreciables los más sublimes elogios, formando unas oraciones bien prolijas, rellenas de textos de escritura con exposiciones de Alapide y Sylveira, de apotegmas de Plutarco, sentencias de Séneca, fragmentos de Plinio, y autoridades de Casiodoro, con el remate del *omne tulit punctum* de Horacio, y otras zarandajas...» (213, *Academia de Ociosos* n° IV. Cádiz, 12-I-1764, p. 213).

démicas; asimismo elaboró un concienzudo plan de educación para señoritas¹¹— y subrepticamente en algunos fragmentos de este poema, podríamos considerar tal vez que la intención última de Vargas no fuera una acumulación de octavas descalificadoras contra el género femenino, sino la de satirizar irracionalidades, atrasos, sub-sidariades e inconsideraciones. Hay pasajes más «serios» en la *Proclama* que expresan deseos positivos hacia su buscada compañera, con la que espera compartir vida solidariamente, como parece desprenderse de la octava nº 8:

que mi futura y muy señora mía
ni ha de hacer de mi hogar triste convento,
ni casa con resabios de behetría.
Mano a mano con ella yo contento,
ella gozosa en dulce compañía.

Por otra parte, sus descalificaciones —puede que aparentes— están envueltas en expresiones cargadas de planteamientos chanceros, en ocasiones acompañados de ironía, lo que tal vez permita dudar de la literalidad significativa de sus versos, y llevarnos a considerar que en el fondo la *Proclama* sería una sátira contra una serie de negatividades —con claros indicios de tópico— que parece detectar el poeta en la mujer, pero no genéricamente contra ella. En consecuencia, *sensu contrario*, no sería descartable entender tales críticas zumbonas de modo opuesto, como el anhelo de nuestro autor por desterrar de la mujer una serie de lastres que estorbaban su necesaria revalorización, propia del civilizado Siglo Ilustrado, y como ya hiciera antes, por ejemplo, *La Pensadora Gaditana*.

Una de las conductas más satirizadas en la *Proclama* es la de la falsa religiosidad, plena de rituales mecánicos y carente de sinceridad, crítica que, por otra parte, no sería infrecuente en el Siglo Ilustrado, como se puede comprobar en la literatura y otros escritos de la centuria¹². Recordemos, por ejemplo, la comedia moratiniana *La mojigata*, o el pasaje del sainete *El lugareño en Cádiz*, de González del Castillo, en el que Simeona, que desgrana oraciones y fórmulas religiosas de forma continua, pide, justificiera, a los alguaciles que al ladrón de su pañuelo «me lo guinden, / que yo rezaré seis

¹¹ Véase Fernando Durán López, *op. cit.*, p. 43.

¹² Escribe Jean Sarrailh que —citamos por la traducción del Fondo de Cultura Económica de México— «la España ilustrada ve ya con desdén a esos religiosos “reclutados desconsideradamente”, a esos devotos o devotas como [...] ese anciano Duque de Béjar, cuya castidad matrimonial rayaba en lo ridículo, como esa Celia que se pasaba las horas muertas en la iglesia, se desinteresa totalmente por su hogar y pide consejos incesantes a su director de conciencia, hasta para limpiar de ratas su casa» (*La España ilustrada de la segunda mitad del XVIII*. México, 1957, p. 95).

Credos / por su alma». En la *Proclama* aparece reiterada igualmente la satirización de estas conductas, como cuando exige el solterón a su hipotética cónyuge «que rece poco y bien» (v. 5); que no colme de banalidades rutinarias sus oraciones, realizadas en ocasiones que pugnarían con la sinceridad, ya que «...mientras males al marido miente / reprueba el guiso, riñe a la criada, / ensarta avemarías juntamente, / todo al compás de grave cabezada» (vv. 139-142); o cómo pretende huir de «la que reza en latín sin saber jota» (v. 311) y de «la que sale a novena por semana» (v. 324).

Clama igualmente —una muestra más— por un comportamiento ilustrado, racional, el romance «Al torero Saavedra, alias el pillo cordobés», donde repudia la dedicación a los toros del poeta aristócrata «siguiendo costumbre bruta / que si la razón condena, / el hábito no disculpa» (vv. 38-40).

Otro de los componentes de la *poesía ilustrada* de Vargas podría hallarse en la presencia de un repetido canto a la amistad, valor ponderado en el mundo de las «luces» que anhela establecer unos intensos lazos entre los hombres que «pueden tener lugar a nivel horizontal —los amigos— o en relación vertical, de maestro a discípulo», como escribe Joaquín Arce.¹³ Este sentimiento filantrópico constituiría una vía apropiada para el logro de la virtud ilustrada.¹⁴

Así se observaría en algunos fragmentos de sus poesías. Podríamos citar, por ejemplo, la epístola «Al señor don Ángel Saavedra», en la que pide al futuro duque que se aplique al cultivo del verso, y en la que aparece resaltado el profundo gozo que producirá al marino el éxito de su amigo: «Yo te quiero la honra de tu siglo: / canta a Cortés, enlázate a su nombre» (último terceto).

Siguiendo con la inclinación ilustrada de nuestro autor por la amistad podríamos referirnos igualmente a la silva en pareados titulada «Al general don Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas». El planteamiento general de este elogio al militar supone una antítesis global entre los múltiples nombres de Pedro utilizados, referidos a personajes tópicos, objeto a veces de consolidadas frases burlescas, y el nombre del general. Al contraponer el polo negativo de la antítesis —lo tópico, lo ridículo— con el nombre del homenajeado, éste resultaría expresivamente resaltado, con un significado último en el que Vargas derrama una efusividad que proclama su amistad:

...Mis renglones
enfáticos dirijo
a mi Pedro Agustín, de los Girones
nata, marido como padre e hijo;

¹³ *La poesía del Siglo Ilustrado*, op. cit., p. 331.

¹⁴ *Ibid.*, p. 353.

que le empecé a querer en sus pañales,
y le he visto subir como la espuma,
flor de los generales,
de dotes y amistad notable suma:
a éste vuela, no más, mi tarda pluma (vv. 61-69).

Este cultivo confraternal —otro ejemplo más— aparece señalado con naturalidad expresiva, con aires de espontaneidad, en un poemilla dirigido a Frasquita Larrea («Versos escritos por Vargas Ponce para el álbum de la madre de Fernán Caballero», es su título) en el que el marino le manifiesta en la sexta redondilla que «sin culta filosofía, / conceptos ni seriedad, / cuenta con fina amistad / y con cándida alegría».

Otro componente conceptual visible en las composiciones de nuestro autor, que encajaría cómodamente en esa modalidad de *poesía ilustrada* sería el reiterado rechazo a la ociosidad. La dejación de una actividad útil supondría ir contra el progreso, contra la civilización, contra la razón, y las mentes ilustradas se manifestarían de forma claramente opuesta a quienes voluntariamente, o por desorden vital permanecieran al margen de una beneficosa labor. Este repudio se refleja en los versos que comentamos, de los que reproducimos algunas muestras seguidamente:

En la *Proclama*, por ejemplo, manifiesta el pretendiente su negativa a aceptar mujer que almuerce a las «mil de la mañana» (v. 94), y le requiere que «no viva en la calle ni en la cama» (v. 102). Igualmente la epístola «Al señor don Ángel Saavedra» contiene una sentida amonestación al vate cordobés para que se aparte del «crudo azote» de la inactividad:

Si te dejas ganar de la pereza,
esta Circe transforma en torpes brutos
ingenios de vigor y nobleza.
Ganar impide los opimos frutos
la pereza, de España crudo azote (vv. 31-35).

La utilidad, destacado valor en el siglo de las «luces», sería otro de los constituyentes que pueden encontrarse en la *poesía ilustrada* de nuestro autor. Durante la centuria se manifestaba con frecuencia una decidida inclinación por la utilidad —«uno de los más acatados valores del pensamiento ilustrado»¹⁵— la cual impregnaría buena

¹⁵ José Antonio Maravall, «El principio de la utilidad como límite de la investigación científica en el pensamiento ilustrado», en *Historia y Pensamiento*. Madrid, 1987, v. II, pp. 223-236. Recopilado por M^a Carmen Iglesias en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*. Madrid, 1991, p. 481.

parte de las actitudes y ocupaciones del universo ilustrado, entre las que se encontraría la creación poética. Jovellanos señalaba nítidamente esta propensión utilitaria en una carta sin fechar remitida al *Diario de Madrid*, con motivo de las funciones desposorios de don Fernando VII y doña Carlota.

Hagamos que prefiera —escribía— lo sólido a lo aparente y lo útil a lo agradable, y después podremos llevarle de lo útil a lo más útil.¹⁶

Algunas muestras de esta dimensión pragmática hemos encontrado en la obra de Vargas Ponce, de las que transcribimos el vehemente consejo que dirige a Ángel Saavedra en pro de una alta dedicación como poeta al engrandecimiento de la patria, como hiciera Ercilla con su *Araucana*:

Sé tú cual fue, honor y timbre y gozo
de la nación, en verso tan sublime
que a Virgilio supera en más de un trozo
(«Al señor don Ángel Saavedra», vv. 55-58).

También aparecen en otros lugares versos que encomian y propugnan la actividad útil, de la que desde luego no excluye nuestro autor la poesía según se ha señalado, como en su romance titulado «Al torero Saavedra, alias el pillo cordobés...», en donde insiste en la necesidad de que su amigo abandone la frívola afición a los toros, que al fin son «bestias que al hombre ayudan» (v. 76) y se centre, para gloria de España, en el arte de Apolo, ya que puede llegar a encumbrarla convirtiéndose en un «nuevo Lucano» (v. 32).

Por lo que se refiere a la forma, los poemas que se pueden incluir en la corriente estilística a la que nos venimos refiriendo, suelen presentar ese prosaísmo lineal fácilmente visible en la *poesía ilustrada*, al que ya nos hemos referido en otro lugar.

Estimamos que el prosaísmo observable en la *poesía ilustrada* de Vargas, aunque no es un dechado de méritos expresivos, y la ausencia de sensibilidad lírica es casi completa, desde luego, por su ocasional elevación de léxico y tonalidad, por su numen festivo, por el feliz empleo de la ironía y por sus fecundos juegos de ingenio, no cabría reducirlo al pedestrismo ramplón; su ubicación en un camino intermedio,

¹⁶ Carta al *Diario de Madrid* con motivo de los desposorios del señor don Fernando VII y doña Carlota. B.A.E., 46. Reimpresión de Ed. Atlas, Madrid, 1951; p. 390.

más cerca del «prosaicismo» que de la vulgaridad poética podría —pensamos— ser lo más apropiado.

Pero aunque lo predominante en el verso del ilustre marino sería la *poesía ilustrada*, no están ausentes, sin embargo, otras manifestaciones estilísticas, como el anacreontismo.

La decidida inclinación literaria de Vargas siempre encontró hueco entre sus otras graves ocupaciones —en ocasiones como escape evasivo— para dar alas a su pluma, que con gozo se deslizaría por rimas y metros. Entre sus composiciones encontramos incursiones en campos que pudiéramos llamar «serios» (asuntos filosóficos, sociales, morales...); pero junto a estos poemas que reflejan unas más hondas preocupaciones, hallamos otras de asunto menor y tonalidad frívola, escritas en verso ligero y fluido.

Especialmente podríamos referirnos a sus anacreónticas, como «Dulce Meléndez Valdés», «Yo vi zagal imberbe», «Hombres sandios, ¿dó vais?», todas citadas por su primer verso, en las que predomina más bien la inclinación báquica, mientras que la sensualidad amorosa presenta una tonalidad muy tenue, a veces incluso envuelta en matices melifluos, que llegaría a difuminarla casi por completo, como la que expresan las redondillas de «Dulce Meléndez Valdés»¹⁷; la peculiaridad risueña de Vargas —una vez más— también se asoma de varia manera a estos frívolos poemas.

Muy próxima a la arciana consideración de poesía rococó¹⁸ —en la que también pudieran tener acomodo las mencionadas anacreónticas— estaría el breve poemilla titulado «A una niña de quince años que se llamaba Aurora», tanto por su lánguida y elegante sensibilidad, como por la presencia de tonos nacarados («cándida azucena», «nacarada rosa», «clara luz»), así como por el recurso al río y a la hiedra, tan propios de esta modalidad poética.¹⁹

A estas composiciones podrían sumársele otras igualmente breves, de diversa índole, que bajo la denominación general de «cantilenas», tratan asuntos de corte filosófico-moral (fortuna, soledad), pero amortiguando —o soslayando— cualquier gra-

¹⁷ «Dulce Meléndez Valdés, / Arriaza y Garcilaso; / tú, Pepita, de miel vaso, / muy más dulce que los tres. / Tierno Garcilaso es / y el togado y el marino; / tú, Pepita, ser divino, / muy más tierna que los tres. [...]» (vv. 1-8).

¹⁸ Las notas caracterizadoras de la poesía *rococó* serían, fundamentalmente, la presencia de la sensualidad, el bucolismo, un cierto refinamiento, una ambientación de perfiles limitados, y la presencia de referencias mitológicas reducidas a límites domésticos, todo envuelto en un palpable halo de intrascendencia (*La poesía del siglo Ilustrado*, op. cit. pp. 186-187, entre otras que tenemos en cuenta). El destinatario de este tipo de poesía sería la sociedad «de vida ligera» de las *Cartas* cadalsianas, según Emilio Palacios (véase Emilio Palacios. *Juan Meléndez Valdés. Poesías*. Madrid, 1979, p. 15).

¹⁹ Véase *La poesía del Siglo Ilustrado*, op. cit., p. 171.

vedad²⁰ en sus planteamientos; sus versos, de metro corto, se deslizan fluidos, portando en su seno el recorte ligero, sutil y acaso evasivo. Aunque no encontramos en ellas anhelos de un disfrute placentero que halague los sentidos, la frivolidad y la huida del mundo complejo, nos traen a la mente el recuerdo de ese anacreontismo más atrás referido.

Como se ha aludido, tampoco está ausente en sus anacreónticas la chispa chan-cera, aunque en casi todas, eso sí, se trata de asomos furtivos. Esta presencia de lo humorístico resta intensidad al halago sensual del vino y el amor, y podría actuar como un elemento destructor de tal modalidad poética, de los pilares sustentadores de los poemas que reproducen un lejano y aproximado eco de Anacreonte, como acaso hiciera Cervantes con el bucolismo en *El coloquio de los perros*: los pastores ya no eran seres idealizados, plenos de delicadeza y sensibilidad, sino que ahora andan remendándose las abarcas y quitándose las pulgas. No sabemos si la intención de nuestro poeta pudo ser el ataque burlón al género, pero consideramos que el tono festivo del que lo dota puede distraer y amortiguar su esencialidad misma. Así parecen manifestarlo estos versos del romance titulado «A una amiga dándole las quejas por no haberle escrito»:

El blanquinegro lenguado,
ni la corredora liebre,
ni el langostino Sofía,
ni Barril de lenguas pruebas.
Si no enristras dulce pluma
que hacia este amigo vuela,
con firma que claro diga
la que por tí vive y bebe (vv. 21-28).

Además de la ubicación estilística de las composiciones de Vargas, no debemos concluir sin resaltar otras dos notas caracterizadoras de su musa. Una de ella, aunque ya referida de forma dispersa en estas páginas, el recurso al ingenio festivo, constituye la peculiaridad más significativa del gaditano, la cual, en ocasiones, llega a anegar, minimizándolas, otras manifestaciones expresivas presentes en sus composiciones. Con tales usos llegaría a emparentarse en parte con otros rimadores gaditanos de la época, con los que coincidiría en una visión despreocupada y burlesca de las cosas, particularmente con el marqués de Ureña, autor de los chistosos cuatro cantos de *La*

²⁰ «Soledad apacible, / dulce regalo mío, / con quien paso la vida / sereno y divertido; / tú eres causa que goce / aquel bello atractivo / que embarga las potencias / y enajena el sentido» (vv. 1-8).

Posmodia. Precisamente el poeta de nuestra atención en estas páginas compone cuatro graciosas décimas «A don Francisco Márquez, pintor» en las que protesta por la tardanza en dibujarle un elefante para la portada del poema de Ureña. Sería difícil dilucidar quién sería más cachazudo, si Márquez o el Regimiento de la Posma²¹; la humorística maldición de Vargas al pintor termina con estos hilarantes y algo groseros versos:

Aún mi furor no se sacia
con castigos tan humanos;
ojalá te entren insanos
cursos tales y tan grandes
que estés hasta que lo mandes,
con las bragas en las manos.

Por otra parte, la frecuente incrustación de refranes y frases tópicas («¿Y dirán que hay mal pan si es buena el hambre?», *Proclama*, v. 16; «Suelto me lameré [El buey suelto bien se lame], *Ibid.*, v. 22; «El fuego atiza / por gozar la ceniza», «Al general don Pedro Agustín Girón», vv. 13-14; «Entrando como Pedro por su casa», *Ibid.*, v. 8...) le proporciona una tonalidad de popularismo intuitivo que coadyuva eficazmente a captar y mantener los favores del lector.

Damos fin a estas páginas sobre la poesía de Vargas Ponce reflexionando brevemente sobre la importancia de sus versos. Independientemente de la valoración de su calidad —incluso las obras de menor sustancia estética son testigo y expresión de unas concepciones culturales y artísticas—, los versos del gaditano supondrían una aportación no desdeñable para la comprensión y el goce de la poesía del Siglo Ilustrado. Aunque su capacidad poética sería puesta en duda en su época por su amigo Böhl de Faber,²² y posteriormente por otros críticos, Vargas nos parece un poeta llamativo, cuyo ingenio y agilidad versificadora conservan aún —al menos parcialmente— un cierto encanto que hace atractiva su lectura.

²¹ Inventado por el Marqués de Méritos. Véase Leopoldo Augusto Cueto, B.A.E. 61, CLXVII (reedición de Ed. Atlas, Madrid 1952).

²² Carta de Böhl a su amigo Julius (30-IV-1818): «Este amigo [Vargas] es un buen literato, pero un pobre rimador y desgraciadamente no se da cuenta». Cita que hemos tomado de Guillermo Carnero en su obra *La cara oscura del siglo de las luces*. Madrid, 1983, p. 114.